DALEY BRIAN E., *Cristo, el Dios visible. La fe de Calcedonia y la cristología patrística*, Ed. Sígueme, Salamanca 2020, 381 pp.

Esta es la paradoja que tuvieron que afrontar y explicar los Padres a lo largo del primer milenio de la era cristiana: que, en Cristo, se hace presente y actúa Dios mismo enteramente como hombre siendo enteramente Dios. O como decía Máximo el Confesor: "En Jesús, Palabra hecha carne, nos encontramos con Dios viviendo 'humanamente', así como con un hombre que existe 'divinamente'". O, dicho de otra forma, "era divino de un modo humano, y humano de manera divina". Para aclarar esta paradoja humanamente irresoluble se convocaron, mejor dicho, los emperadores, para salvaguardar la paz y unidad de la Iglesia y la estabilidad política y social del imperio, convocaron los siete primeros concilios ecuménicos, patrimonio de (casi) todas las confesiones cristianas, desde Nicea I (325) a Nicea II (787), con su centro en Calcedonia (451). En realidad, la verdadera impugnación del significado de lo que posteriormente, a partir del siglo XVII, se llamó la cristología, la hizo Arrio (+ 336), y para combatirla el emperador Constantino I

convocó el concilio de Nicea, en cuyo símbolo los Padres confesaron que Jesucristo era "Filium Dei, natum ex Patre unigenitum, hoc est de substantia Patris... *homousion tô Patrí*" (DS 125). Los siguientes concilios, que salieron al paso de distintas interpretaciones unas erróneas y otras heréticas del símbolo niceno y de sus implicaciones, empezaron siempre confesando este símbolo, y en el caso del I Concilio Constantinopolitano (381), completándolo, hasta lograr la fórmula aceptada por todos en el llamado símbolo Nicenoconstantinopolitano (DS 150). Los problemas que tuvieron que afrontar los Padres y Concilios eran siempre de carácter cristológico, la paradoja del Verbo encarnado, pero en ellos estaba implicado el Misterio santo de Dios, o sea, la Trinidad. Si Nicea I tuvo que clarificar la naturaleza divina del Hijo, de la misma substancia o *ousia* del Padre, Calcedonia hubo de afrontar la relación de las dos naturalezas de Cristo (*inconfuse, immutabiliter, indivise, inseparabiliter:* DS 302) a fin de combatir las herejías de los monofisitas (del archimandrita Eutiques) y de los nestorianos que separaban la naturaleza divina de la humana, que es la que la Virgen -decía Nestorio- dio a luz y por eso no podía ser llamada *Theotokos*, algo que fue condenado por el tercer concilio ecuménico celebrado en Éfeso (431). Como afirma el autor de esta monografía, lo decidido en Calcedonia es un punto fijo de la cristología que no puede ignorarse. Pero este concilio no abarcó ni agotó todo el significado del Misterio de Cristo. Para mostrar esto, el autor no se centra en Calcedonia, aunque el primer capítulo lo dedica a él para indicar que este concilio no es "ni principio ni fin" de la cristología, por eso analiza detalladamente el camino que conduce hasta él, señalando otras comprensiones del Misterio de Cristo antes de Nicea (la aportación de Justino, Ireneo de Lyon y Orígenes, entre otros) y después de Calcedonia hasta llegar al séptimo concilio ecuménico Nicea II, de gran calado cristológico a cuenta de la grave y larga crisis iconoclasta que saca las últimas consecuencias del Misterio de la Encarnación. Llama la atención que hasta Calcedonia los grandes protagonistas de la disputa cristológica era obispos (Eusebio de Cesarea, Atanasio de Alejandría, Apolinar, Gregorio Nacianceno, Gregorio de Nisa, Teodoro de Mopsuestia, Nestorio, Teodoreto de Ciro, Cirilo de Alejandría), mientras que después de este cuarto concilio destacan los monjes como principales artífices de la defensa de la integridad de la naturaleza humana con sus acciones y

actividades de Cristo (Leoncio de Bizancio, Máximo el Confesor, Juan Damasceno, el emperador Constantino V, Nicéforo de Constantinopla, Teodoro Estudita). Como la mayor parte del debate cristológico, con sus concilios, tuvo lugar en Oriente, o sea, en el ámbito lingüístico griego, el autor de esta monografía no ve importante, o decisiva, si exceptuamos la aportación del papa san León con su *Tomus ad Flavianum* (DS 290-295) que tuvo importante eco en el concilio de Calcedonia, la contribución de los Padres de Occidente, de lengua latina. Pero hay una excepción, Agustín, a cuya doctrina el autor dedica el capítulo sexto en el que describe su percepción de la persona de Cristo, destacando su función de mediador, como camino hacia la inmortalidad a través de la gracia y la fe, para concluir que "para Agustín el camino de la salvación no es simplemente *Cristo*, sino la *cristología*. No es simplemente la *persona* de la Palabra hecha carne que asume y encarna la gracia victoriosa de Dios que nos permite alcanzar la meta de nuestro ser; sino nuestra *confesión* de esa persona en ese lenguaje conmovedor propio de la Escritura, que representa en sí mismo una obra de la gracia".

La presente monografía "Cristo, el Dios visible" del premio "Ratzinger en Teología" (2012) Brian E. Daley que él la subtitula, con mucha intención, como "Retorno a la cristología de la Edad Patrística", merece que se le preste la mayor atención. Es cierto que no se puede pretender una lectura de corrida, pues la problemática y los conceptos teológicos y filosóficos que manejan los Padres hacen a veces difícil seguir su lectura. Para facilitar sacar en limpio lo mejor de cada capítulo, el autor suele concluir con una conclusión, siendo especialmente valioso para este objetivo la lectura pausada del Epílogo con un repaso de lo que pretendieron los concilios ecuménicos y la síntesis cristológica que de ellos extrae. Creo que el esfuerzo titánico de los Padres del primer milenio para dar razón de Cristo, de su persona en relación con el misterio santo de Dios Trinidad y con nosotros, y de su obra de salvación, tal como aquí lo ha puesto de relieve el autor, habrá de ser tenido en cuenta en este tercer milenio, si se quiere que tenga éxito la inculturación de la cristología. Finalmente, hay que felicitar a la editorial Sígueme por haberse atrevido a publicar con la extraordinaria traducción de Juan Manuel Cabiedas Tejero esta gran obra, que se abre con el texto de Ireneo: *"Invisibile etenim Filii Pater, visibile autem Patris Filius"*, que da razón, en última instancia, de la Encarnación del Verbo. – *José María de Miguel*